

CAPÍTULO I

Solo los locos no piensan en las consecuencias. Pero al final, son ellos los que tiran de nuestro carro.

(Estudios sobre la evolución de una sociedad en crisis)

Como tantas veces había comentado el jefe de sistemas, ni los principales centros de investigación del planeta, ni incluso los poderosos Estados Unidos con sus bolsillos repletos de fondos reservados, podrían rivalizar con la tremenda acumulación tecnológica que se estaba derrochando en aquellas instalaciones perdidas bajo las entrañas pirenaicas.

–Diecisiete minutos para comienzo de Oniria.

A unos cinco metros de altura, en lo que constituía el centro de control, y tras los mamparos de transparente plástico acerado, los supervisores tomaban habida cuenta de la información que transmitían un sin fin de instrumentos y pantallas conectados a lo que estaba ocurriendo allí abajo.

Una gran sala circular, demasiado iluminada por los potentes reflectores, bullía con la actividad frenética de una marabunta humana de personal técnico; con sus batas de hospital y sus inseparables pantallas de notas a las que se aferraban como si fuesen parte de sus propios organismos.

Realizaban los últimos ajustes a fin de que, en esta ocasión, no se repitiese ninguno de los errores que habían dado al traste en las siete incursiones anteriores.

Marisa Enkel, un nombre que en el futuro se estudiaría como “la pionera”, estaba al mando de este séptimo intento del Oniria. Se encontraba echada en un mullido sillón de trabajo frente a un par de holoconsolas de control, supervisando el desarrollo del evento y recapacitando sobre cuál era el destino que le esperaba a todo aquello.

Había luchado mucho para poder estar donde se encontraba ahora, y en la mayoría de las ocasiones, las adversidades habían parecido prácticamente insalvables. Incredulidad la mayoría de las veces, reticencias en las mejores ocasiones, y falta de fondos durante todo el proceso. Aun así, como un loco que persigue un sueño inalcanzable, nunca mejor dicho –había pensado muchas veces–, había conseguido culminar su idea y llevarla hasta donde se encontraba en la actualidad. El sueño se haría realidad, o al menos esto es lo que esperaban todos los allí presentes.

–Doce minutos para Oniria.

Aquella dulce voz femenina que sonaba por los altavoces anunciaba que ya quedaba muy poco. Un sentimiento de agitación y nerviosismo acuciaba a todo el mundo, pero muy especialmente a Alejandro Almentari: el explorador.

El apodo de “el explorador” no le hacía mucha gracia a aquel joven, de no más de diecinueve años, todavía pecoso, de cabello pelirrojo, y no muy fuerte constitución física. Por otra parte, aún se la hacía menos la poco ortodoxa proposición de “el pavo en navidad” (por lo arriesgado de su tarea), que había sido acogida con entusiasmo por ciertos técnicos sin muchos escrúpulos.

Alejandro fue reclutado por la mismísima Enkel cuando el proyecto se encontraba ya en sus estadios más avanzados. Todos los exploradores, de un total de seis, repetían un perfil similar: desplazados del entorno social convencional, múltiples ingresos en instituciones psiquiátricas a lo largo de sus jóvenes

vidas, y negación de la realidad circundante como hábitat reconocible. La psiquiatría moderna llegó a catalogar esta aberración del comportamiento como “los durmientes”. Personas que no a gusto en el mundo real, deciden pasar su vida atiborrados de barbitúricos y drogas hipnóticas, evadiéndose de esta manera de los problemas cotidianos.

En realidad, estas dolencias de la mente estaban catalogadas dentro de los desórdenes psicóticos desde hacía mucho tiempo, sin revestir un gran problema en ese aspecto, y menos, cuando el índice de estos casos era considerablemente bajo para la media de psicosis colectiva que invadía el mundo actual. Sin embargo, de repente y sin previo aviso, como ocurren estas cosas, la NSA (National Security Agency) estadounidense filtró un extravagante informe a la OMS (Organización Mundial de la Salud). En él se ponía de manifiesto el singular aumento de estas incidencias mentales en poblaciones donde el nivel necesario de estrés (causa diagnosticada hasta el momento de este problema), no se daba, o se daba en niveles de muy baja intensidad. La OMS se puso en marcha con total sigilo al mando del doctor Nitshumi Ychiro. Bajo su tutela, se terminó descubriendo que la media de suicidios mundial, con muy pocas variaciones por etnias, entorno cultural o geográfico, había aumentado en un dieciséis por ciento. Los datos del informe Ychiro fueron desoídos por la mayoría de los expertos internacionales que se encontraban al margen de sus trabajos y que, durante un tiempo, se dedicaron a tranquilizar a la agitada opinión pública con múltiples apariciones en los medios de comunicación, y dando explicaciones de lo más variopintas.

Gracias a Dios, ninguna de estas explicaciones terminó por convencer al multimillonario Andreas D’Agné, suizo de nacimiento y presidente, como máximo accionista, de dos de los principales bancos de su país. Su amado hijo, el pequeño Jefroy D’Agné, había abandonado este mundo después de malvivir cinco años entre terribles pesadillas y terapias psíquicas agresivas, que fueron consumiendo su vida, hasta

dejarlo postrado como un vegetal y enchufado a un sin fin de aparatos de soporte vital, en una lujosa cama de uno de los mejores balnearios helvéticos. Sus aportaciones económicas dieron lugar a la formación del proyecto Oniria.

–*Ocho minutos para Oniria.*

Pero no fue en la psiquiatría donde se encontraría la solución al problema, si es que existía, había pensado Enkel en múltiples ocasiones, sino en una tradición científica que nada tenía que ver con la medicina o la física que ella tanto amaba. El comienzo del camino se encontraba en las planicies perdidas de Nazca, en los desiertos del Perú, donde el arqueólogo José Miguel Robles Princo, del Instituto de Estudios Peruanos de Quito, realizó un sorprendente descubrimiento en una colección de piedras talladas, datadas de una época muy anterior a la colombina. Según su opinión, los habitantes de estas regiones se habían enfrentado a un problema bastante similar al que ahora sufrían los habitantes de este loco planeta. En su libro “La muerte de Nazca”, ponía de manifiesto que las representaciones grabadas en las piedras, mostraban, como si de un noticiario lítico se tratase, las vicisitudes que tuvo que afrontar aquel extinto pueblo, en su lucha frente a este problema. Realizaron operaciones cerebrales con el objetivo de averiguar si el mal residía en el interior, tras las paredes del cráneo, donde a su entender se ubicaba el alma. Después, plasmaron representaciones de unos supuestos “dioses” que venían a llevarse a sus congéneres, frente a los cuales, sus propios dioses venerados ninguna fuerza podían oponer.

Algo arrebatava el alma a aquellas gentes, pero sin acabar con la vida de sus cuerpos. Éstos, permanecían yacientes hasta que se agotaban y terminaban muriendo, tras “el sueño de la muerte” como el doctor José Miguel Robles lo había bautizado, y que terminó por conseguir la desaparición de aquella raza y su cultura, de la faz de la tierra.

Las barreras que dividían a los demonios de “El lado de los sueños” (una supuesta dimensión paralela a la nuestra, según los Naztecas), de nuestro mundo real, se estaban

desdibujando, llegando a confundirse ambas realidades en numerosas ocasiones. Todo esto produjo un aumento de “apariciones monstruosas”, o al menos así representadas en los glifos estudiados por el arqueólogo. Como si esos engendros amórficos pugnasen por instalarse en nuestro mundo, aprovechando lo propicio del momento.

–*Tres minutos para Oniria.*

Ni que decir tiene, que la interpretación del doctor José Miguel Robles no se tomó ni siquiera en consideración por el grueso de sus iguales. No solo se le expulsó de su cátedra en Quito, sino que se le tachó de desvergüenza, al intentar aprovecharse de un problema de lo más serio y con repercusiones globales, para dar publicidad a sus peregrinas especulaciones.

No terminaría aquí la cosa para el arqueólogo. Él nunca dejó de proclamar a quien quisiera escucharle, que el mal de los Naztecas no se trataba de un determinado hecho aislado, sino que, muy a su pesar, algunos de los glifos líticos estudiados, y que representaban detallados calendarios solares de venideras épocas, advertían a una postrera generación, que en una fecha determinada esta pandemia regresaría.

Fue muy concreto, o mejor dicho, ellos lo fueron, al precisar (según los análisis llevados a cabo por él mismo en colaboración con el instituto astrofísico del Roque de los Muchachos afincado en las islas Canarias) que aquella postrera fecha, después de realizar un análisis comparativo con los calendarios actuales, se encontraría comprendida entre los meses de octubre y diciembre de 2014. Sorprendentemente esta fecha también coincidía con el Apocalipsis predicho por la cultura Maya en sus calendarios del fin del mundo.

–*Diez segundos para Oniria.*

Un zumbido entrecortado de alarma, junto con la activación de las luces de emergencia avisaban del inminente inicio de actividades.

–Todos los sistemas en verde. Ciclos anulares en 125 megapulsos. Activación de los protocolos de seguridad en...5...4...3...

Los técnicos abandonaron apresuradamente la plataforma mientras las blindadas puertas hidráulicas iban cerrándose casi con pereza.

–2...1... Protocolos de seguridad activados. Comienzo de inyección de plasma a los condensadores de campo.

El navegante se encontraba tendido sobre una acolchada camilla rodeada de aparatos. Vestía un grueso mono azul noche de similcuero, y una especie de yelmo, con una pequeña apertura rectangular a la altura de los ojos cubriéndole la cabeza. Las manos cruzadas sobre el pecho le conferían una pose yaciente de aparente calma. Nada más lejos de la realidad según confirmaban los gráficos de su corazón, que estaban a punto de salirse de la escala.

–Condensadores de plasma en línea. Sistemas de grabación en línea. Sistemas de computación en línea –todo en torno al cuerpo del asustado chico comenzó a girar en un vórtice de luz de indescriptible intensidad. Los científicos echaron mano a las gafas protectoras para no perderse detalle en los acontecimientos que iban a suceder sobre la plataforma–. Control T.D. en espera para activación. Cap 1, Cap 2, Cap 3, generando empuje al ciento por ciento. Control T.D. en espera para activación.

La doctora Enkel giró la llave de seguridad en su consola de control y pulsó la marca de encendido desde su panel de cristal. *“Y que sea lo que Dios quiera”*. Pensó.

–Control T.D. activado. Navegante en tránsito.

La voz computerizada se cortó en el instante en el que la sala donde estaba el muchacho estallaba en una vorágine de deslumbrantes luces y sonidos estridentes.

De repente todo cesó. El silencio se extendió entre los presentes, que enmudecieron durante unos segundos. Hipnotizados, se quedaron mirando el inerte cuerpo del muchacho, que se mantenía sobre la camilla como petrificado.

Desde la altura no se apreciaban cambios, pero una de las cámaras situadas a pie de plataforma sí captaba una significativa alteración en la posición inicial del sujeto. Una de sus manos había alterado su posición cerrándose en un puño, mientras uno de sus dedos, el corazón, se alzaba en dirección a las planchas de plástico acerado de la cabina de control. La intención estaba clara: *“Que os den por culo, señores”*.

El navegante se encontraba en tránsito hacia el otro lado. El lado de los demonios naztecas.